

**Historias de
justicia en acción:**

**Aprendiendo del
proyecto INTERLACE**





Contents

Introducció	3
La Voz de la Yurá	5
Johana Tabares	
El Parque Mamey y el Río Portoviejo	17
Ligia Vera	
Marco y el Parque de los Sueños Verde	29
Erika Calderón y Marcela Gutiérrez	
Reviviendo las memorias del agua en Granollers	39
Xavi Romero	



Este documento fue desarrollado como parte del proyecto INTERLACE, financiado por el programa Horizonte 2020 de la UE. El proyecto tiene como objetivo restaurar la naturaleza en las ciudades de Europa y América Latina mediante la implementación de Soluciones basadas en la Naturaleza (SbN) para abordar los desafíos urbanos más urgentes, como el cambio climático, la salud y el bienestar de las personas, el desarrollo económico y la conservación de la biodiversidad. INTERLACE, fomenta la colaboración entre las autoridades urbanas, los residentes, las organizaciones y las empresas, creando oportunidades para trabajar juntos de manera innovadora y transformadora, construyendo un futuro más sostenible y equitativo para todos.

INTERLACE historias de justicia en acción

Adéntrate en el corazón de comunidades donde la naturaleza y las personas están profundamente entrelazadas.

Esta colección de relatos pone de relieve los profundos lazos emocionales y culturales que las comunidades locales pueden compartir con su entorno natural. Estos paisajes no son sólo lugares, sino que son fundamentales para la identidad y el bienestar de la comunidad. Las historias incluidas se inspiran en las experiencias de Envigado (Colombia), Granollers (España), Portoviejo (Ecuador) y Corredor Biológico Interurbano Río María Aguilar –CBIMA– (Costa Rica) que participaron en el proyecto INTERLACE de 2020–2025, financiado por el programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea. Con el objetivo de empoderar a las ciudades para restaurar y rehabilitar los ecosistemas urbanos a través de soluciones basadas en la naturaleza (SbN), el proyecto buscaba apoyar entornos más habitables, resilientes e inclusivos.

Así, los relatos comienzan centrándose en la degradación medioambiental –contaminación, abandono o alteración de las infraestructuras– y siguen el inspirador recorrido de la acción colectiva aplicada en cada contexto para restaurar o mejorar estos espacios vitales.

Ya sea el río Congost en Granollers, el parque Mamey en Portoviejo, el parque de los Sueños Verdes en CBIMA o el río Yurá en Envigado, cada historia se centra en la participación activa de los miembros de la comunidad en actividades de restauración. Niños, familias y líderes locales han desempeñado papeles fundamentales.

Tabares, J.; Vera, L.; Calderón, E.; Gutiérrez, M.; Romero, X.; Burgos Cuevas, N.; Iwazuk, E. (2025): Historias de justicia en acción: Learning from the INTERLACE project. Entrega 6.8 del proyecto INTERLACE

En Agradecimientos

Equipo de apoyo
Benedict Bueb (Ecologic Institute) Nicolas Salmon (YES Inovation)

Diseño e ilustración:
Cara O'Donnell e Ivan Gajos (Oppla)

En conjunto, las historias ponen de relieve la importancia de implicar a varias generaciones, con especial atención a la capacitación de los jóvenes como futuros guardianes de su entorno, e ilustran el cambio que es posible cuando la gente se une.

En muchos de estos relatos, la naturaleza se personifica para crear una conexión emocional que desencadene la acción. El río Yurá, por ejemplo, simboliza la esperanza, la renovación y la resistencia.

Los relatos también abordan el tema crucial de la justicia medioambiental. Destacan cómo los espacios descuidados o inaccesibles pueden transformarse en entornos inclusivos y vibrantes que todos los miembros de la comunidad puedan disfrutar. Al dar voz a grupos marginados –como Marco, que tiene parálisis cerebral, o los niños de barrios desfavorecidos–, estas historias subrayan la importancia de capacitar a las comunidades locales para dar forma a sus entornos. Mediante el desarrollo de soluciones localizadas, las NbS no sólo aumentan la resiliencia de los ecosistemas para protegerlos de los efectos del cambio climático, como sequías e inundaciones, sino que también protegen la biodiversidad y crean oportunidades de recreo y generan mayores beneficios para toda la comunidad.



La Voz de la Yurá

Johana Tabares, Envigado

Desperté, como cada día, con el murmullo suave de gotas cayendo sobre el musgo que cubre mi nacimiento en el Cerro de los Astilleros. Es un sonido delicado, casi un susurro, que anuncia el inicio de mi recorrido. Abrí los ojos lentamente, bañada por la luz dorada de la mañana envigadeña, mientras los colores y olores del bosque me saludaban. Sentí la frescura del aire, el perfume de las flores silvestres, y los ecos de la vida que florece a mi alrededor.

Pero hoy algo distinto atrapó mi atención: voces.

Pequeñas voces, risueñas, que flotaban desde el fondo del valle. Escuché mi nombre repetido una y otra vez. “Yurá, Yurá, Yurá”, decían los niños, y cada vez que lo pronunciaban, algo dentro de mí se iluminaba. Mi corazón, hecho de agua cristalina, se llenó de una alegría desconocida.



Yurá...



Yurá...

Decidí seguir esas voces mientras descendía por la montaña, saltando entre rocas, abrazando árboles centenarios, y acariciando la tierra fértil. Pasé por el parque ecoturístico El Salado, donde los pájaros cantaban mi llegada a la zona urbana, y los carriquís, con su plumaje colorido, me acompañaron como guardianes celestiales. En mi recorrido, sentí la presencia del puma que vigila desde las sombras, del tigrillo lanudo que se desliza entre los arbustos, y del oso perezoso que me observa desde lo alto de un árbol, moviéndose al ritmo pausado de la naturaleza.



Cuando llegué cerca de una escuela, escuché a los niños decir cosas hermosas de mí:

Ella es un
ecosistema



la custodian las
áreas protegidas



Es hogar de
aves



¡Tiene un
puma que camina
junto a ella!



Mi corazón se llenó de esperanza. Pensé que ya nadie me recordaba, que mis 12 kilómetros eran invisibles a nuevas generaciones que no sabían quién era yo. Pero estos niños estaban allí, hablando de mí, soñando conmigo.

Esa noche no pude dormir. Las voces de los niños seguían resonando en mi cauce. Me decían que pronto vendrían a visitarme, a jugar conmigo, a conocerme. ¿Era posible? ¿Volverían las risas y los pies pequeños chapoteando en mis aguas? Subí de nuevo por la montaña, llevando el mensaje a cada rincón. Le conté a los carriquis: **“Los niños van a regresar.”** Ellos, emocionados, volaron por el bosque anunciando mi dicha.



Y llegó el día. Lo mismo carriquies que acompañan mi viaje, fueron los primeros en avisarme: “Yurá, los niños están aquí.” Bajé apresurada, serpenteando con alegría, y los vi. Pequeños pies descalzos se hundían en mis aguas frescas, manos diminutas recogían piedras, y risas llenaban el aire. Escuché desde lejos que llamaban a los “Guardianes de la Yurá.” Vinieron a conocerme, a entender que soy más que agua;



Soy vida, historia y memoria

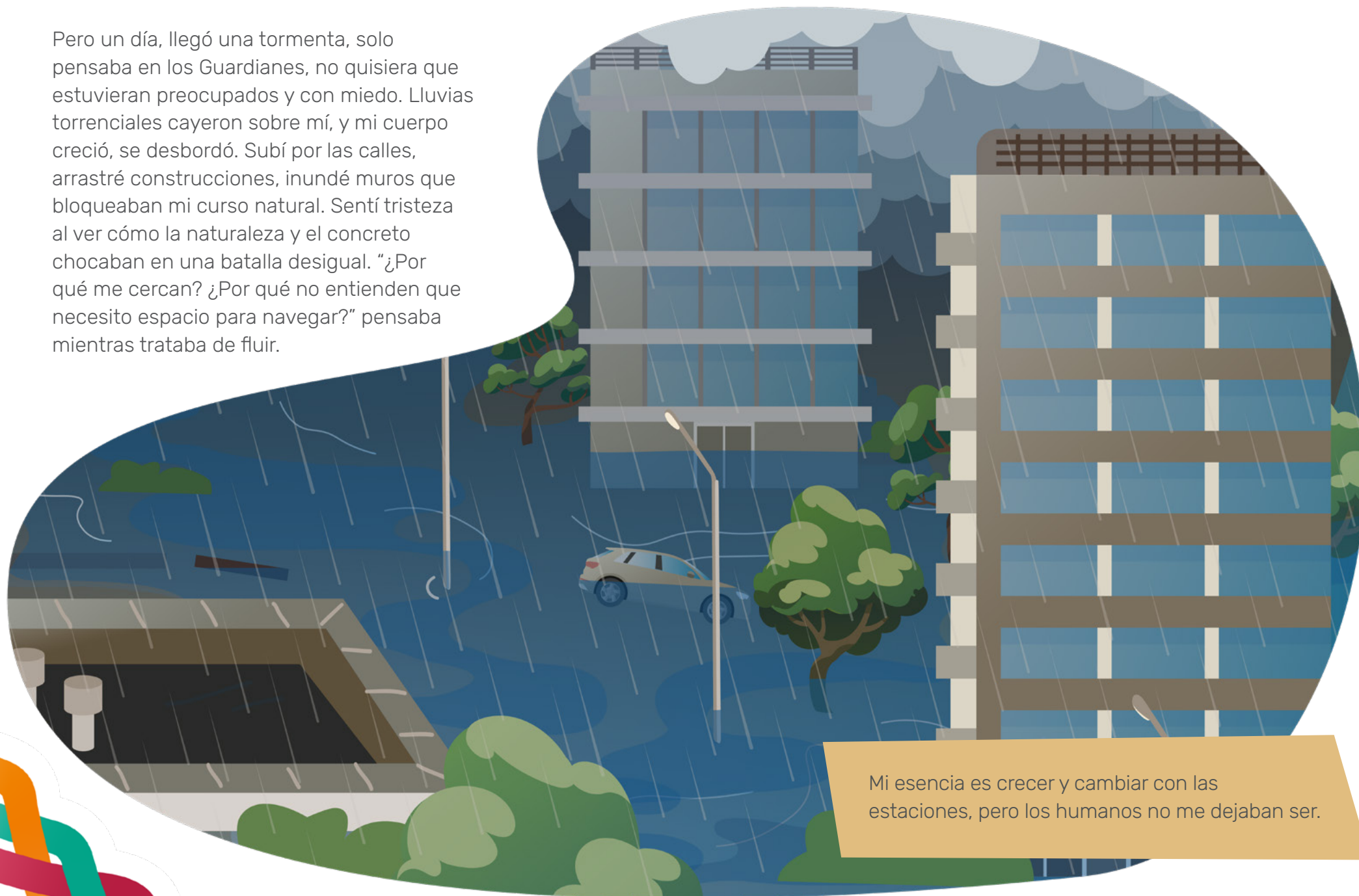
Les mostré todo lo que soy: mi biodiversidad única, mis más de 300 aves, los árboles que abrazan mi cauce, y las historias que guardo desde tiempos inmemoriales, las lavanderas, la fertilidad, los arrieros que corren mis caminos. Me prometieron llevar mi mensaje a sus casas, a sus escuelas, y a todo aquel que quisiera escuchar:



**La Yurá
está viva y nos
necesita.**



Pero un día, llegó una tormenta, solo pensaba en los Guardianes, no quisiera que estuvieran preocupados y con miedo. Lluvias torrenciales cayeron sobre mí, y mi cuerpo creció, se desbordó. Subí por las calles, arrastré construcciones, inundé muros que bloqueaban mi curso natural. Sentí tristeza al ver cómo la naturaleza y el concreto chocaban en una batalla desigual. “¿Por qué me cercan? ¿Por qué no entienden que necesito espacio para navegar?” pensaba mientras trataba de fluir.



Mi esencia es crecer y cambiar con las estaciones, pero los humanos no me dejaban ser.

A pesar de todo, mi esperanza no se extinguió, creí que los niños nunca volverían que me tendrían miedo pero los niños, mis guardianes, volvieron. Sus pies mojaron mis aguas otra vez, y me recordaron que no estoy sola. Ese día les susurré: **“Mi voz es la suya. Mi vida depende de ustedes”**. Ellos entendieron. Llenaron sus corazones de mi mensaje y prometieron cuidarme, hablar por mí, y enseñar a otros que la importancia del agua en Envigado fluye conmigo, con la Yurá.



Así sigo mi trayecto, desde el Cerro Astilleros hasta el río Aburrá, maravillada por la vida que me rodea y llena de esperanza gracias a los “Guardianes de la Yurá” que ahora son parte de mí.

Mi nombre vive en sus labios y en sus corazones. Yo soy la Yurá, y mi voz nunca dejará de fluir.

La Voz de la Yurá



INTERLACE
RESTORING URBAN ECOSYSTEMS
RECUPERANDO ECOSISTEMAS URBANOS

El Parque Mamey y el Río Portoviejo

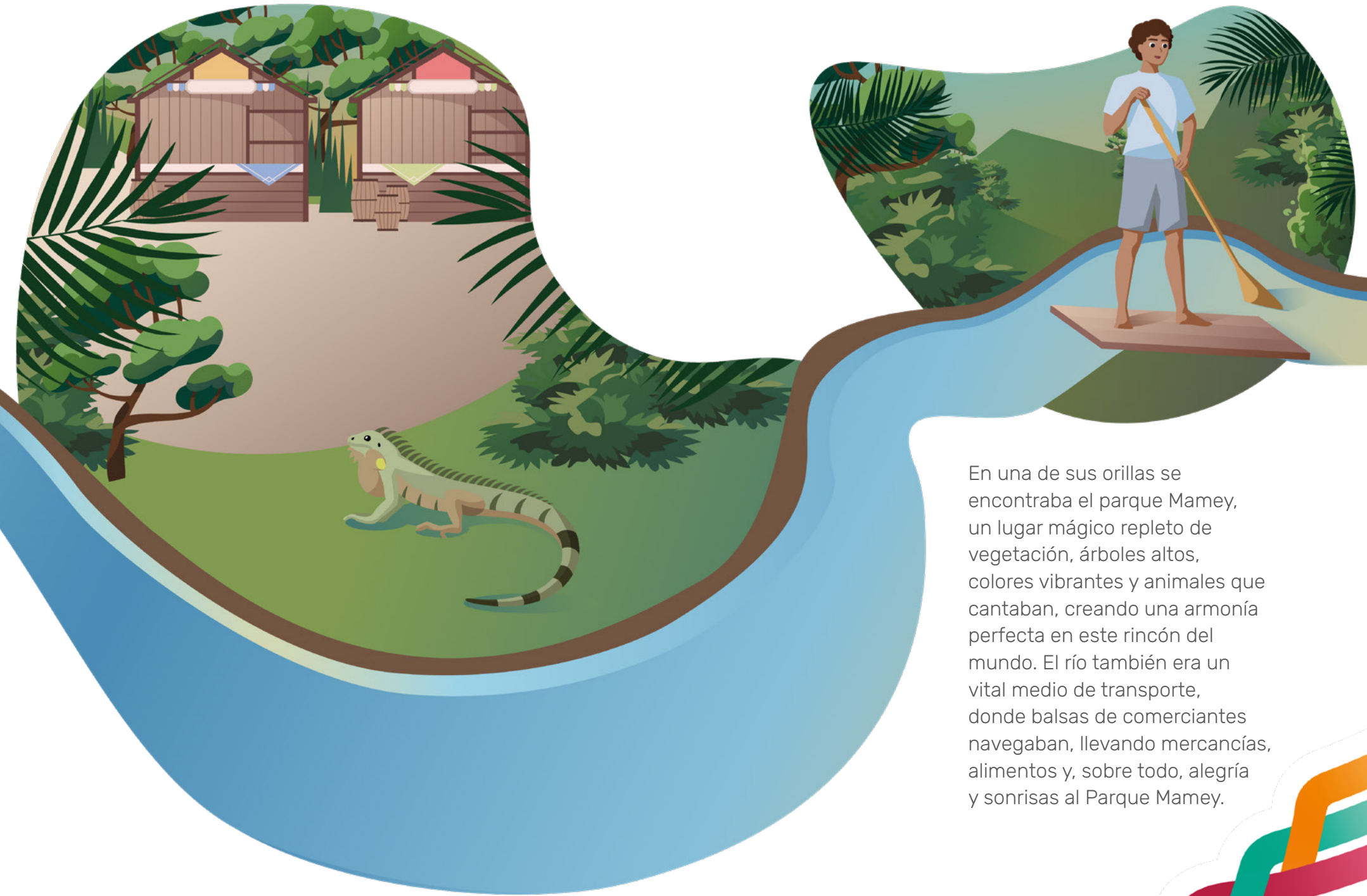
Ligia Vera, Portoviejo



Había una vez una pequeña ciudad llamada Portoviejo, donde un río atravesaba sinuosamente la ciudad, llevando vida a todo lo que tocaba. Este río, con su agua cristalina, atravesaba tanto zonas habitadas como espacios de exuberante naturaleza.



El Parque Mamey y el Río Portoviejo



Ligia Vera

En una de sus orillas se encontraba el parque Mamey, un lugar mágico repleto de vegetación, árboles altos, colores vibrantes y animales que cantaban, creando una armonía perfecta en este rincón del mundo. El río también era un vital medio de transporte, donde balsas de comerciantes navegaban, llevando mercancías, alimentos y, sobre todo, alegría y sonrisas al Parque Mamey.

Antonio, un joven proactivo que vivía cerca, era un amante de la naturaleza. Recordaba con nostalgia las tardes de su infancia explorando el parque, observando cómo las familias llegaban a disfrutar de su belleza. Los árboles de mango eran su refugio favorito, y los animales, sus amigos entrañables.

Sin embargo, un día, todo comenzó a cambiar. Mientras Antonio paseaba por el parque, se dio cuenta de que el agua del río ya no era tan clara como antes. Encontró basura y escombros acumulados entre los árboles y vio cómo los animales comenzaban a alejarse de sus hogares. Las balsas, que antes navegaban felices, ahora chocaban con troncos y desechos flotantes, y poco a poco dejaban de llegar al parque.



El Parque Mamey y el Río Portoviejo

La tristeza invadió a Antonio, pero también lo llenó de determinación. “¡Tengo que hacer algo para salvar el parque y el río!” pensó.

Con el apoyo de la municipalidad, Antonio reunió a sus amigos: **María**, quien sabía mucho sobre la historia del parque; **Teresa**, quien compartía su pasión por la naturaleza; y **Gabriel**, un líder comunitario. Todos ellos guardaban recuerdos maravillosos del parque y comenzaron a recordar juntos:

¡Recuerdo cuando las balsas llegaban con mercancías al parque!

¡Extraño cuando íbamos a pescar y a lavar la ropa en el río!

¡Recuerdo las caminatas junto al río!



Ligia Vera



“Podemos limpiar el río y el parque,” propuso María.

Decididos a recuperar el parque, se reunieron en la emblemática capilla del parque Mamey, rodeados de grandes árboles, y comenzaron a idear un plan.



“Debemos mantener las edificaciones existentes,” sugirió Teresa.



“Y crear estrategias que fomenten la interacción entre las personas y la naturaleza,” agregó Gabriel con entusiasmo.

Antonio sonrió. “¡Haremos todo eso juntos! Con el apoyo de la municipalidad y de todos los que quieran unirse a nuestra misión.”

Así, la comunidad se movilizó para llevar a cabo su objetivo. Los niños recolectaban latas y botellas, otros navegaban para sacar ramas y desechos del agua, mientras algunos sembraban nuevos árboles. Colocaron carteles que decían: “El río Portoviejo y el parque Mamey son nuestro hogar. ¡Cuidémoslos!” y, poco a poco, la comunidad dejó de contaminar el río.



Con el tiempo, el parque Mamey volvió a brillar. Los árboles crecieron más fuertes, el canto de las aves resonaba nuevamente y las ardillas saltaban de rama en rama. El río recuperó su claridad y cada vez que crecía su caudal, ya no causaba inundaciones.



Un día, Antonio observó con alegría cómo llegaban visitantes al parque: niños, padres, abuelos e incluso balsas que navegaban de nuevo por el río. El parque Mamey se había transformado en un lugar lleno de vida y alegría.

“¿Ves, Antonio? Cuando las personas trabajan juntas y cuidan la naturaleza, pueden lograr cosas maravillosas,” dijo María con una sonrisa.

Desde entonces, el Parque Mamey y el río Portoviejose convirtieron en símbolos de amor y cuidado por la naturaleza. Recordaron la historia de un lugar que fue recuperado para el disfrute de toda la comunidad, transformándose en un rincón mágico donde la naturaleza siempre resplandece y quienes la protegen son sus propios habitantes.



Marco y el Parque de los Sueños Verdes

Erika Calderón and
Marcela Gutiérrez, CBIMA



Había una vez, en un barrio de gente sencilla y trabajadora donde casi no había espacio verde, un joven llamado Marco. Marco era alegre y lleno de sueños, aunque nació con parálisis cerebral. Le encantaba estar al aire libre, pero en su comunidad no había un parque donde pudiera disfrutar de la naturaleza. Todo el espacio que había cerca estaba cubierto de basura y escombros. Por lo que, no podía acceder a dicho espacio y no le aportaba mayores beneficios.

La madre de Marco se sentía triste porque rara vez podía sacar a su hijo de la casa. Ella miraba su entorno con tristeza, deseando que algún día se convirtiera en un lugar hermoso. El espacio verde de su comunidad estaba en muy mal estado, había basura, barro, malos olores, zacate elefante y no habían flores, árboles, plantas ni pajaritos para apreciar.



Un día, un grupo de personas se reunió en la comunidad. Eran personas de diferentes organizaciones que se dedicaban a cuidar la naturaleza y a ayudar a las comunidades a tener espacios verdes. Al ver el lugar, tuvieron una gran idea:

¡convertir el basurero en un parque lleno de árboles, flores, y vida para que todos pudieran disfrutarlo!



Erika Calderón y Marcela Gutiérrez



Con mucho esfuerzo, estas personas empezaron a trabajar.



Primero, recogieron toda la basura y limpiaron el terreno. Luego, trajeron tierra fértil, semillas y plantas. Decidieron plantar un roble de sabana, un árbol grande y fuerte que daría sombra y frescura al lugar. Marco miraba con ilusión cómo aquel sitio gris comenzaba a llenarse de verde y vida. No podía esperar a que el parque estuviera terminado.



Al cabo de muchos meses , el parque casi listo. ¡Parecía un sueño hecho realidad! Había caminos permeables , flores de colores, y el gran roble de sabana estaba justo en el centro. Marco fue uno de los primeros en visitarlo. Llegó con su madre , se acercó al roble, y se sentó debajo de su sombra. Cerró los ojos y respiró profundamente, sintiendo la suave brisa acariciar su rostro. Escuchó el canto de los pájaros, el sonido del viento entre las ramas, y sonrió. Marco movía su cabeza al ritmo de las aves y se sintió muy feliz.

El parque no solo se convirtió en su lugar favorito, sino en el de todos en la comunidad.



Las familias iban a hacer picnics, los niños corrían y jugaban, y las personas mayores se sentaban a disfrutar de la tranquilidad. Desde entonces, Marco y sus vecinos cuidaron el parque con mucho cariño: no dejaban basura tirada, regaban las plantas, y cuidaban que los árboles crecieran fuertes.

Erika Calderón y Marcela Gutiérrez



El parque de los sueños verdes, como lo llamaron, se convirtió en un símbolo de esperanza y unión para la comunidad. Gracias a la ayuda de todos y al amor de Marco por la naturaleza, aquel basurero se transformó en un lugar donde los sueños podían crecer tan alto como el roble de sabana.

Y colorín, colorado, este cuento ha terminado, pero el amor por la naturaleza apenas ha comenzado.

Reviviendo las memorias del agua en Granollers

Xavi Romero, Granollers

He vivido en Granollers toda mi vida. Cuando era niño, el río Congost era como un miembro más de la familia, una presencia constante que daba vida a nuestro día a día. En aquel entonces, conocíamos el agua íntimamente.

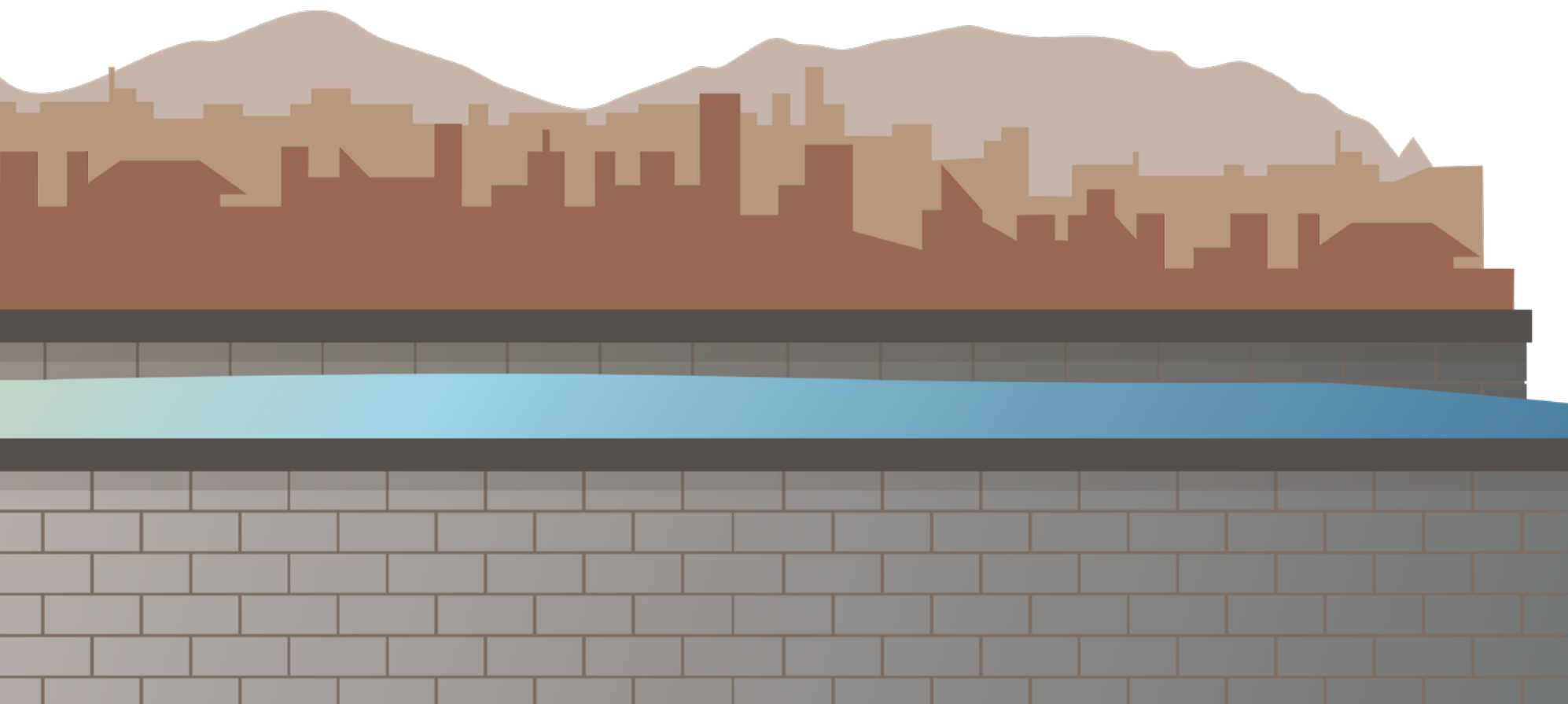
El río no era solo un lugar, era vida misma.

Los agricultores venían de las comarcas vecinas atraídos por la abundancia de nuestras fuentes y pozos, y los niños, como yo, pasábamos los veranos chapoteando en sus aguas claras o pescando en sus orillas. Era un paraíso del agua, o al menos así lo recuerdo.



Pero esos días ahora parecen tan lejanos. A medida que la ciudad creció, el río comenzó a cambiar. Primero construyeron muros y canales para controlarlo. Luego, las fuentes que antes usábamos fueron olvidadas, escondidas bajo el hormigón y el asfalto. El Congost, que antes estaba lleno de vida y de historias, se volvió algo distante, casi invisible. Lo llamaron progreso. Pero para mí, fue como si perdiéramos algo valioso.

No solo perdimos el río; también perdimos el conocimiento del agua. Sabíamos dónde estaban las fuentes, los caminos subterráneos que recorría el agua, y cómo el río crecía y decrecía con las estaciones. Esa sabiduría se transmitía de generación en generación, pero con el paso del tiempo comenzó a desvanecerse.



Luego llegaron las sequías. Cada vez son más frecuentes: 1990, 1999, 2005, y ahora esta, que ya lleva tres años. Es difícil describir la impotencia de ver cómo tu ciudad se seca, sabiendo que el agua está en algún lugar bajo tus pies, pero sintiéndote incapaz de llegar a ella. Y cuando llueve, parece una broma cruel: tormentas tan intensas que inundan las calles, arrastrando todo a su paso. Es como si el agua intentara recordarnos su poder, su lugar.

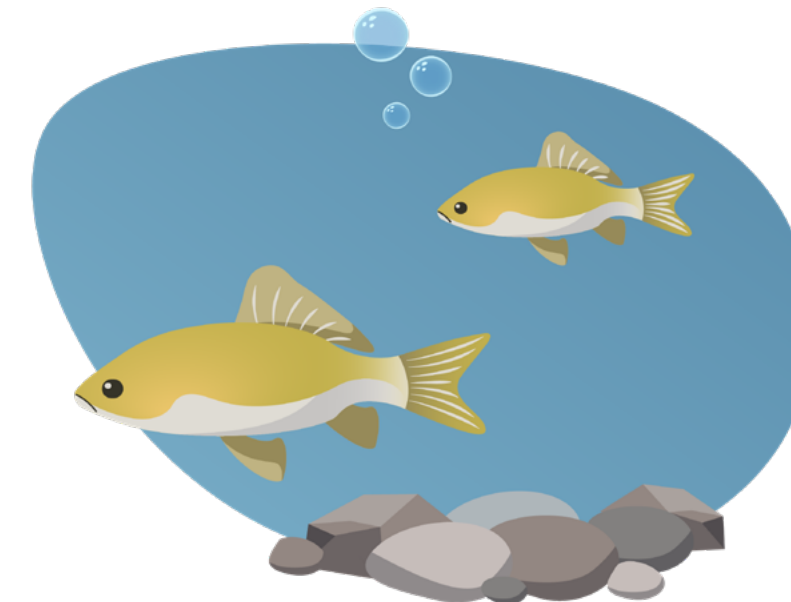




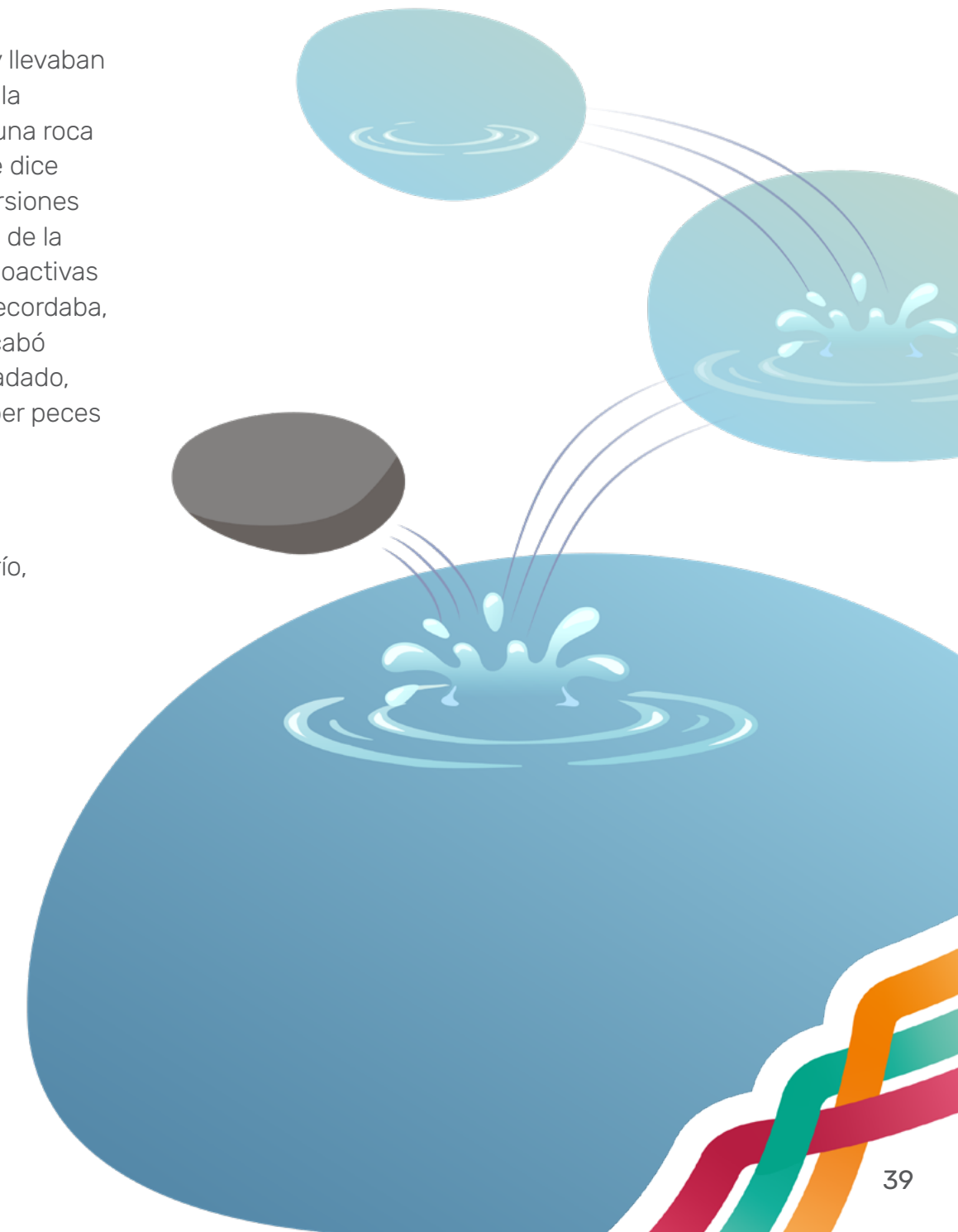
Por eso me uní al proyecto HIDROsfera Granollers. Al principio, no estaba seguro de qué podían lograr un grupo de artistas, científicos y gente corriente como yo. Pero cuando dijeron que querían recuperar la memoria hídrica de nuestra ciudad, algo se encendió en mí.

Recordé historias, como que las abuelas ejercían de curanderas y llevaban a los niños a tirar piedras al riego de “La Mineta” para curarles de la tristeza y el decaimiento; o la leyenda de la “Piedra del Encanto”, una roca emblemática situada en la plaza del centro de Granollers y que se dice que una riada la trajo y otra riada se la llevará; o también las excursiones populares para comer y divertirse junto a una Fuente del Ràdium, de la que se decía entonces que emanaba aguas con propiedades radioactivas beneficiosas para la salud. Supe que tenía que compartir lo que recordaba, sobretodo mis recuerdos sobre el río, que afortunadamente se acabó recuperando en las últimas décadas, y eso que estuvo muy degradado, sinceramente yo nunca me hubiera imaginado que volvería a haber peces en el río pero me alegra ver que está lleno de vida.

Y es que muchos gobernantes hicieron muchas cosas mal con la naturaleza de nuestra ciudad, pero solo por haber recuperado el río, se lo perdono todo.

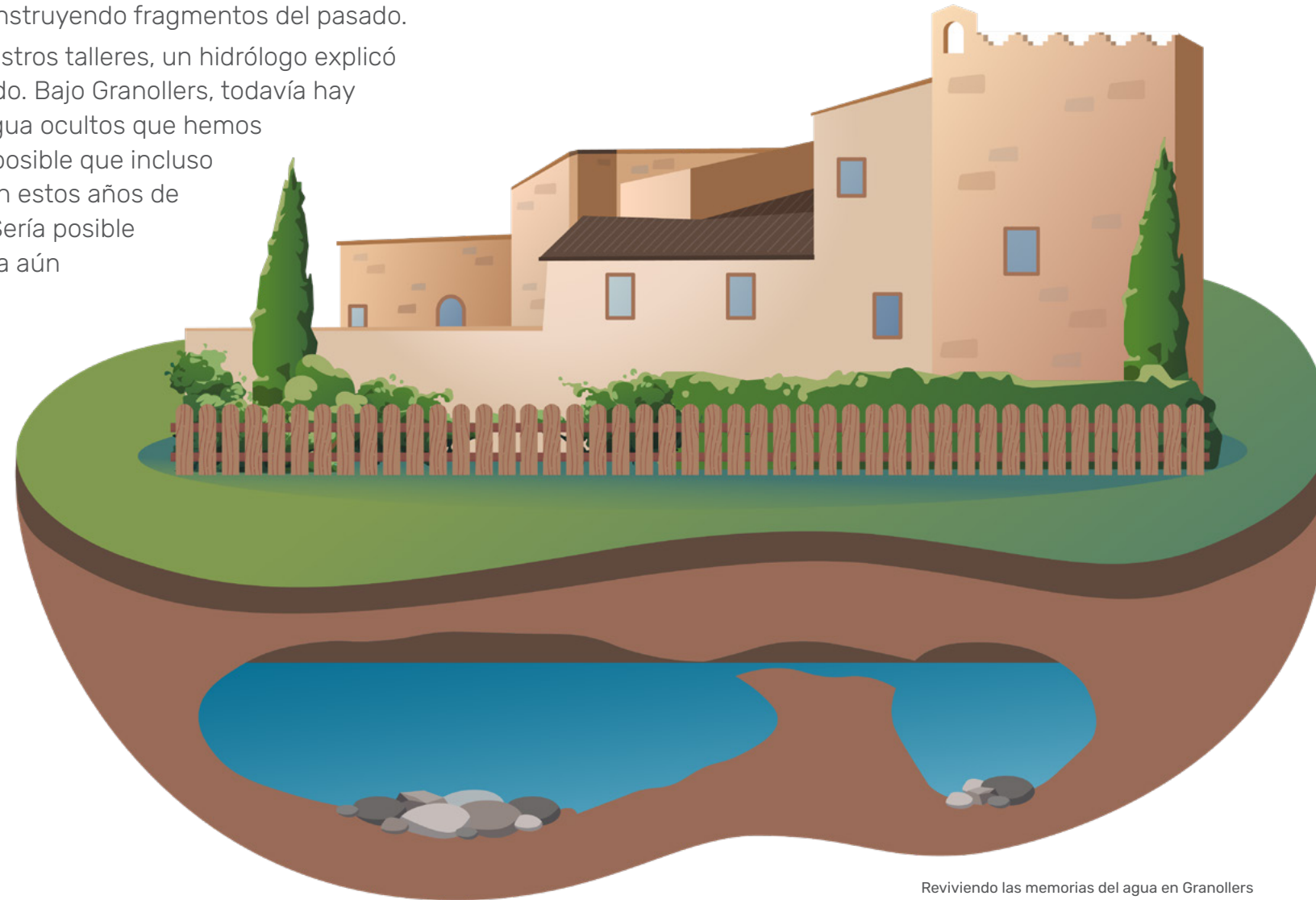


Xavi Romero



En HIDROsfera Granollers comenzamos con caminatas guiadas a lo largo del Congost, siguiendo su curso e intentando imaginar cómo debía haber sido antes de los muros y los canales. Conocí a un joven artista que dibujaba cada detalle que señalábamos: el viejo puente ahora cubierto de vegetación, los lugares donde solíamos bañarnos, los sitios donde el río se movía libre y creaba balsas donde había ranas. Juntos, fuimos reconstruyendo fragmentos del pasado.

Un día, durante uno de nuestros talleres, un hidrólogo explicó algo que me dejó asombrado. Bajo Granollers, todavía hay acuíferos: reservorios de agua ocultos que hemos olvidado por completo. Es posible que incluso ahora puedan ayudarnos en estos años de sequía. No lo podía creer. ¿Sería posible que el paraíso de mi infancia aún existiera, esperando que lo redescubramos?



Reviviendo las memorias del agua en Granollers

También resurgió la riqueza cultural ligada al agua. Leyendas, dichos, e incluso viejas canciones volvieron a la vida. Alguien mencionó “El Rec Gran,” una fuente hace mucho tiempo cubierta, y otro compartió una historia sobre el “Hada de la Torre de las Aguas.” Sentí que estábamos tejiendo un tapiz de memoria, cada hilo conectándonos de nuevo con el río, los acuíferos y el agua que nos sostiene.

Al final del proyecto, creamos algo extraordinario: las “Cartas del Agua,” siete mapas artísticos que recogieron todo lo que habíamos aprendido. Mostraban las tres esferas del agua—el río, la cuenca y el acuífero—y nos recordaban que la historia de Granollers está escrita en agua. Al mirar esos mapas, sentí algo que no había sentido en años: esperanza.



Ahora, cuando veo el Congost, veo un río cada vez más verde y vivo. Recuerdo lo que fue y me alegra que pueda volver a ver aquel paisaje fluvial. Veo un futuro en el que la sabiduría del pasado nos ayude a enfrentar los retos de las sequías y las inundaciones. Como les dije a los jóvenes que trabajaban en el proyecto: “Granollers fue un paraíso del agua una vez. Y si somos inteligentes, puede volver a serlo.”

El río sigue fluyendo, y también las historias.
Y mientras recordemos, mientras nos importe, el
agua de Granollers nunca permanecerá en silencio.



interlace-project.eu
interlace-hub.com

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de sus autores. No representa necesariamente la opinión de la Unión Europea. Ni la EASME ni la Comisión Europea son responsables del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



This project has received funding from the European Union's Horizon 2020 research and innovation programme under grant agreement No. 887396.